

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Una amistad improbable

Dr. Jorge Dagnino Sepúlveda
Vicedecano de la Facultad de Medicina
Depto. De Anestesiología
Pontificia Universidad Católica de Chile

Y hoy siento necesidad de ti, de tu presencia: hoy siento necesidad de hablarte, de dirigir hacia ti los pensamientos que me están pugnando por brotar, y como estás lejos, te los escribo... I

Más de un año después de la muerte de Benedicto Chuaqui Jahiatt logré, por fin, conseguir uno de los ensayos de Unamuno, El secreto de la vida, que había perseguido por meses. Lo había mencionado varias veces durante su enfermedad y me preguntaba con intensidad, casi con urgencia, si lo había leído, diciéndome algo que quería escucharse, algo que a lo mejor me habría dicho después, pero que quizás no alcanzó. Así, cada vez que surgía su recuerdo, espontáneamente o en alguna reunión o lectura, volvía a sentir esa necesidad que desencadenaba un nuevo intento por encontrar el ensayo, en librerías, en Internet o encargándoselo a la persona que con frecuencia nos traía libros, sabiendo que acertaría una venta con mayor frecuencia que en otros lados. Finalmente, encontré los ensayos de Unamuno, reunidos en la edición de Aguilar de 1964, en una coincidencia que pienso no debería extrañar: dos tomos de una edición en español en una librería de viejo de un pequeño pueblo alemán. Esta conclusión y la manera en que se concretó, me parece tiene mucho que ver con toda esta historia sobre una amistad quizás improbable, con el secreto o misterios que hay en ella, y con mi lectura del ensayo de Unamuno. Y a medida que leía este, creí ir adivinando, casi en cada párrafo, algo de lo que Chuaqui había querido compartir en esos últimos meses, recapitulando esos años en que nos fuimos conociendo. Por su misma naturaleza, este artículo tiene un tono quizás demasiado personal, que estoy seguro el lector podrá perdonar, donde los párrafos de Unamuno, citados en itálicas, se intercalan casi como intrusos entre recuerdos y reflexiones.

Cada nuevo amigo que ganamos en la carrera de la vida, nos perfecciona y enriquece, más aún por lo que de él mismo nos da, por lo que de nosotros mismos nos descubre. Hay en cada uno de nosotros cabos sueltos espirituales, rincones del alma, escondrijos y recovecos de la conciencia que yacen inactivos e inertes y acaso nos morimos sin que se nos muestren a nosotros mismos... Llevamos todas ideas y sentimientos potenciales que solo pasarán de la potencia al acto si llega el que nos los despierte...

Conocí a Benedicto Chuaqui en noviembre de 1967, cuando hizo las clases de Neuropatología en el curso de tercer año de medicina, a cargo entonces del ya legendario profesor Roberto Barahona. La sombra de aquel envolvía a sus ayudantes, difuminándolos bajo un mismo espectro, mezcla de rigor, temor y respeto, cultivado con esmero y llevado casi hasta la perfección. Fuera de esa adusta atmósfera y de la parquedad y exactitud en el uso del lenguaje, no recuerdo muchos más detalles del Chuaqui de esos años. Luego sabría que tenía unos 33 años, parecía mucho mayor con la perspectiva de entonces, que venía de Valparaíso, que trabajaba en el hospital Roberto del Río, y que recién empezaba su carrera en la Pontificia Universidad Católica. Era su tercer año en esta casa que no abandonaría hasta su muerte. El tono de su voz, su

bajo volumen, la semipenumbra del auditorio, la avanzada primavera y el hecho de que las clases eran a las dos de la tarde invitaban al sueño o al ensueño; lo impedían ese respeto y casi temor omnipresentes. Pasaron muchos años en que solo lo veía esporádicamente en los pasillos; él no me conocía y no me saludaba y a mí no se me ocurrió nunca tomar esa iniciativa. Nuestras respectivas especialidades, por lo demás, tampoco propiciaban una mayor posibilidad de encuentro, puesto que la Anatomía Patológica y la Anestesiología rara vez confluyen. Sabía, por cierto, de las clases de latín y de griego que ofrecía en horarios absolutamente incompatibles con mi actividad en pabellón; ello impidió por largos años que pudiese enrolarme en alguno de ellos, a pesar del interés latente. También supe que le encantaba el fútbol y que era hinchado del Colo Colo, y aunque esto no me cuadraba con la imagen que guardaba de él, como tantas veces lo hacemos, primó el prejuicio sobre la revisión. Hasta que un día de marzo de 1994, Augusto León, a quien sigo agradeciendo ese paso, me dijo que nos había matriculado en el curso de latín que se iniciaba ese semestre, que la reunión inicial era al día siguiente y que me había comprado el texto guía *Lingua Latina ad usum medici. Per litteras et grammaticam tractata*. Al día siguiente, el profesor y el resto de los alumnos, la mayoría de segundo año de Medicina, accedieron a que el curso se desarrollara de 19 a 20 horas todos los miércoles. Sería un horario que conservaríamos por años y que me permitiría asistir regularmente, bajando al subterráneo, al auditorio Virchow, inmediatamente terminada la reunión clínica departamental. Ya desde la primera clase intuí que Chuaqui era muy diferente al que creía conocer: ante una broma de Augusto lo vi, por primera vez, sonreír; en realidad fue una carcajada, una sola, breve, escueta, sintética.

Dios planta un secreto en el alma de cada uno de los hombres, y ese secreto, como la parábola del sembrador, dará frutos cuando cae en buena tierra y de las raíces de esa planta brota un sentimiento o un pensamiento que tenemos que expresarlo con el lenguaje del mundo, el de la sociedad en que vivimos, pero la savia, esa savia que no se ve, esa es mía y se cree que la libertad consiste en dejar crecer libre esa planta, en no ponerle rodrgones, ni guías ni obstáculos; en no podarla, en dejarla que arroje sus brotes, y sus hojas, y sus flores, por sí, y sin coacción alguna... y la libertad no está en el follaje, sino en sus raíces, y de nada sirve al árbol, libre la copa y abiertos de par en par los caminos del cielo, si sus raíces, al poco de crecer, con dura roca impenetrable, seca y árida, o con tierra de muerte se encuentran...

Así, todos los miércoles una lección, que se iniciaba con la lectura y corrección de la tarea donde cada uno leía una frase; luego, la explicación de la materia, clara, precisa, y cerraba la lectura de la tarea para la próxima semana. A través de los casos y las declinaciones, rápidamente se hizo evidente la ignorancia del propio idioma y, junto con ello, la magia de ir conociendo y entendiendo cosas que, por desconocidas, parecían aburridas o poco importantes. En la medida que se complicaba la gramática, Chuaqui solía terminar la explicación de un tema particularmente difícil con un característico y un tanto irónico "súper fácil"; de aquí salió una de las frases del Manual de Terminología Médica Latina: "Lingua latina, facillima". Pronto se hizo evidente que el estudio de una lengua aparentemente muerta era más bien una excusa, o quizás un puente, para adentrarse en otros territorios del alma. Siguió el segundo semestre de latín y al año siguiente, 1995, uno de griego. Nunca conversamos formalmente sobre las razones que tuvo él para estudiar latín o para enseñarlo después, pero la respuesta a esa interrogante estaba obvia en el placer de analizar una frase particular o un giro especial. Lo que pensaba, por lo demás, estaba explícito en uno de sus artículos², donde las razones resonantes para mí residen en la

apreciación de su forma -"el idioma tomado como arte," como un medio para conocer mejor el idioma propio-, en el permitir la indagación con rigor, por mero placer y, por sobre todo, en la apertura de horizontes que quizás no habría ocurrido por otros medios. Bien lo dice Chuaqui³, citando a Cicerón: "La contemplación de la naturaleza de las cosas, aunque no forme al médico, sin embargo, lo hace más apto para la medicina y completo". En realidad, es precisamente esa contemplación la que permite ir adivinando aquello que reside detrás de las cosas.

Vendrían después tres semestres de alemán, en 1998 y 1999, y uno de castellano, de comunicación en Medicina, al año siguiente. Estas actividades me permitieron ir conociéndolo en un ámbito más personal, fuera de su rol académico, en los asados de fin de curso o en otras reuniones sociales. Empezamos a comparar gustos en otras dimensiones más allá del lenguaje: Bach y Beethoven; la observación del cielo, para él como materialización matemática, para mí como continuo asombro; su casi indiferencia pictórica, el fútbol y su nueva afición, el tenis; la comida árabe, el arak ceremonial y la negociación de la venta de su esposa por una apreciable cantidad de camellos durante uno de sus viajes. En todas estas actividades, ponía el mismo celo y empeño, no solo tratando de hacer las cosas de la manera más completa y mejor posible, sino intentando comprender su significado más profundo. El asunto aquí era el de la excelencia, entendiendo por tal una íntima necesidad de apelar a una norma más allá de sí mismo, una a cuyo servicio se pone uno libremente; la nobleza se define por la exigencia, por las obligaciones, no por los derechos⁴.

El año 1998 marcó también el inicio de las actividades del Programa de Estudios Médicos Humanísticos⁵, cuya dirección le fue encargada a Chuaqui y quien me hizo el gran honor de invitarme a colaborar. Se creó también la revista *Ars Medica*, y al año siguiente se iniciaron las reuniones mensuales en torno a la Historia de la Medicina. Mi vida había cambiado.

Un libro de ciencia puede aportar mucho caudal nuevo a ella y ser, sin embargo, perfectamente impersonal... aquellos que envejecerán en cuanto esas verdades, leyes y principios se incorporen a la ciencia y entre en su caudal pero hay otras obras en las que, aparte de la novedad y verdad de los principios en ellas revelados, hay en su trama, en su tono, en el espíritu oculto que las anima, un quid mirificum, un algo misterioso que las hace duraderas y fuente de enseñanzas hasta cuando los principios en ellas expuestos son del común dominio o han sido acaso rectificadas, o rechazadas tal vez y esas obras de ciencia inmortales, inmortales porque su vida no depende de la ciencia a que sirvieron, son obras que proceden de secreto de vida, tienen su raíz en algún misterio de tribulación.

¿Que qué le debo a Chuaqui? Puedo responder con sus propias palabras al recordar a su profesor Carlos Grandjot, de quien recibí lecciones de lógica y matemáticas, en su discurso de incorporación a la Academia de Medicina: "Le debo nada menos que el desarrollo de mi afán por aprender". El bagaje gigantesco de conocimientos que tenía, me fue, ya al comienzo de mi carrera, una prueba palpable de que, una vez despertado ese afán, podía convertirse en un motor incesante y cada vez más poderoso en la ampliación del saber. Para mí fue el despertar de un afán por aprender otras cosas en áreas que había dejado postergadas por años y aún otras inexploradas, por haber cometido el error de circunscribir los intereses o quizás porque me vi obligado a ello. Y tampoco fue en el comienzo de mi carrera sino que bastante después; es en este sentido que le dije, alguna vez, que lamentaba haberlo conocido tan tarde, tan tarde para mí.

Fue durante la corrección del Manual de Terminología Médica Latina donde por primera vez sentí que conversábamos sobre latín; no quiero presumir ni por un instante que había alcanzado el dominio que él tenía, solo que logré el placer de traducir una frase y conseguir que aceptase la mía como más exacta; quizás era solo su delicadeza y una manera de estimular al alumno. El último proyecto que me impulsó a acometer fue el de la historia de la anestesia local, al que me resistí, al principio, por considerarlo limitado y más bien aburrido; aún me tiene entretenido después de varios años, charlas y artículos; el segundo de ellos, que aparece en este número de Ars Medica, alcancé a entregárselo en su pieza la víspera de su muerte.

Los grandes pensamientos vienen del corazón, se ha dicho, y esto es, sin duda, verdadero hasta para aquellos pensamientos que nos parecen más ajenos y más lejanos de las necesidades y los anhelos de corazón... la ciencia ha sido, para muchos espíritus ardientes el refugio en que han ido a abrigarse en grandes tormentas interiores, y esos elevados y nobles espíritus nos dieron los frutos de su secreto sin revelarnos este, y nos fueron absolutamente sinceros y nos enseñaron la verdad... no es la llama el único ni el principal signo del fuego; antes bien, los fuegos más duraderos y más intensos no dan llama de ordinario...solo el fuego interior, oculto, el que no luce hacia fuera ni recibe el aire del mundo, es el que puede darnos diamantes duraderos...

Era su convicción personal, contagiosa por lo demás, sobre la imperiosa necesidad de cada persona de esforzarse al máximo para desarrollar sus aptitudes lo más posible. Tiene mucho que ver con eso de Horacio que gustaba tanto citar y que en el curso de muchas conversaciones posteriores volvería a refrendar una y otra vez: "Nihil sine magno vita labore mortalibus dedit"⁶. Pero al rigor unió otro concepto, el del placer en el trabajo bien hecho, algo particularmente evidente en el ámbito del trabajo académico. Como Tito Livio, "Labor voluptasque dissimila natura societate quadam inter se naturali sunt iuncta"⁷. Completa el significado del trabajo su consideración espiritual que alguna vez conversamos en torno a la parábola de los talentos. En esta dirección pensaba que los docentes tenían la obligación ineludible de mostrar a los alumnos con el ejemplo. Sus dos libros filológicos, uno de latín y el otro de griego, ambos para médicos o estudiantes de medicina, reflejan cabalmente el amor que sentía por su estudio y la obligación que sentía de compartir con sus alumnos esa necesidad. Y pocos como él para dar ese ejemplo en un tiempo en que la distancia entre lo que se dice y lo que se hace, entre lo que se quiere parecer y el ser, parecen aumentar desbocadamente. En una época en que interesarse por las letras y las humanidades, particularmente en una escuela científica, pareciera ir contra la corriente; quizás no es más que una vuelta de mano recordando aquella otra época larga en la que fue la ciencia la que quedaba fuera de la universidad.

Y es frecuente que entre dos personas que conversan, al parecer con gran intimidad, y en el seno de la mayor confianza, hablan de todo menos de aquello que más inquieta y preocupa a ambos. Les preside y anuda su comunión espiritual una idea, un sentimiento, y de todo hablan menos de ese sentimiento, de esa idea común que les une. Los junta un secreto y ambos lo callan, porque es la mejor manera de que les junte...

Guardaba celoso su intimidad o quizás siempre fue timidez. Fuimos conociéndonos lentamente y mucho de lo que de él sé ahora lo he ido leyendo o escuchando posteriormente. En cierto sentido es como si nuestra amistad no hubiese dejado de evolucionar. Después de esa carcajada en la clase inaugural, me acostumbraría a su sonrisa leve, casi escondida, fugaz, que muchas veces

había que adivinar. Me sorprendí con su ternura cuando hablaba de los suyos o cuando simplemente los miraba. Aprendí a gozar de su hospitalidad, cálida y cercana, sin que mediaran muchas palabras. Podría decirse que era casi un analfabeto computacional. Usaba un Classic II y sabía lo mínimo necesario para escribir documentos en Word y guardarlos en un disquete; me parece verlo escribiendo con los dos índices, cuidadosamente, igual que cuando manuscibía, prestando atención a cada letra que dibujaba. En una ocasión, sabiendo que iba en un viaje a Londres y que seguramente visitaría una librería, me pidió buscara un libro que llevaba años tratando de encontrar. Al día siguiente, volví con el listado de más de veinte copias dispersas por el mundo que había encontrado en abebooks.com; aún recuerdo su cara de asombro y su pregunta casi ingenua sobre el significado de esa lista, como incapaz de convencerse que estaban disponibles con solo estirar la mano. Fue la primera de muchas veces que encargué un libro a su nombre por Internet: un diccionario de latín medieval, el suplemento del monumental diccionario griego-inglés *Liddle&Scott*, la Historia de las Universidades, de D`Irsay, gramáticas de árabe, una biografía de von Humboldt o el octavo tomo de Hipócrates de la Loeb, en fin, quinientos y un verbos de latín, francés, ruso o italiano. Comentábamos los hallazgos y con frecuencia el encargo era doble, compartiendo así la llegada de un libro largamente esperado. A veces, traducí su impaciencia con un llamado cuyo motivo aparente era cualquier otro tema pendiente, pero tarde o temprano preguntaba si había noticias; ambos entendíamos de qué hablaba sin necesidad de precisiones. Cuando finalmente llegaba el encargo, sin anunciárselo, iba a su oficina con la sorpresa y me producía placer observar su expresión como si fuese un niño recibiendo un regalo. Junto con el libro le entregaba cuidadosamente los documentos del costo y él, también cuidadosamente, solo preguntaba por el total y botaba el comprobante a la basura sin revisarlo. Después, hacía el cheque correspondiente y tomábamos un café que preparaba ceremonialmente.

Nada une más a los hombres que el secreto. El que te adivine tu secreto, no tiene más que mirarte y habrás de hacerte amigo de él. Y en él buscarás refugio. Y será a quien más cuidadosamente le celes tu secreto. ¿Para qué revelárselo, si te lo ha adivinado? Y al que no te lo adivine, es inútil que se lo reveles, porque no te lo entenderá a derechas y, sobre todo, no te lo creerá tal cual es... Y hay gentes que parece que todo lo dicen y cuentan, y son los que más callan; y no hablan y se confiesan sino para ocultar más su secreto, pues temen el silencio, que es lo más terriblemente revelador que hay. La sinceridad se ahoga en palabras. El secreto, el verdadero secreto, es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es más aún que antes.

Llegó a ser una especie de ritual que nos permitía conversar de mil temas relativos a la Escuela, la universidad, el país, la juventud. Aprendimos a entender y disfrutar del sentido del humor del otro, algo simple y directo si se comparte el mismo tipo, pero sutil y delicado si no es así. Uno de los temas recurrentes era el de la importancia basal de las matemáticas para las Ciencias, e incluía aquí a la Medicina, y del latín y del griego para las Humanidades. En otro ámbito, no podía entender la ingratitud de quienes se sentían engañados por una universidad que nada o poco les daba, pues para él, y para mí, "esta Universidad de alma generosa me ha ofrecido condiciones de trabajo y desarrollo personal óptimas"⁸. En otra oportunidad, me contó de un alumno que había sido sorprendido copiando en una prueba y que qué me parecía; le comenté un artículo en un *Lancet* de un profesor inglés quien, enfrentado al mismo dilema, había concluido que un alumno de medicina no podía copiar, pues un médico no podía engañar. Hablamos de

religión en una sola oportunidad y allí mencionó la cuidadosa lectura que había hecho de la Biblia e insinuó su dificultad para creer.

No; yo no creo que muera con un hombre su secreto de vida, el misterio de su corazón, aunque él no nos lo revele durante su vida toda. Un secreto es un sentimiento padre, eterno, fecundo; y esos sentimientos que buscan almas en que encarnar cuando encarnados en una no han dado en ella fruto, buscan después otra. Para cada alma hay una idea que le corresponde, y que es como su fórmula, y andan las almas y las ideas buscándose las unas a las otras. Hay almas que atraviesan la vida sin haber encontrado su idea propia, y son las más; y hay ideas que, manifestándose en unas y otras almas, no encuentran, sin embargo, sus almas propias, las que las revelarían en toda su perfección.

A veces puede ser una idea que se anida en diferentes almas o a lo mejor ideas afines que hacen lo suyo. Le preocupaba dejar inconclusa la historia de la Escuela que llevaba avanzada; en su penúltima hospitalización le mencionó al Decano que ese tropiezo atrasaría en una semana la entrega pactada. Le preocupaba también el Programa, las reuniones mensuales y el curso de tercer año de Historia de la Medicina, y se preocupó de dejar arreglados esos temas. No hablamos en esas reuniones o durante sus hospitalizaciones sobre el futuro. Estaba ahí, sin mencionarlo, tácito, sabiendo ambos la incertidumbre que se cernía. Supongo que ambos lo teníamos claro y que no era cosa de ese momento sino que un tema siempre presente y que, en ese sentido, nada había cambiado; su muerte tampoco lo hizo.

En la despedida en el cementerio, el 21 de junio de 2003: "Por petición del señor Decano y en representación de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile para despedir a uno de nuestros profesores eméritos, Benedicto Chuaqui Jahiatt. Sé bien que en nuestra Facultad hay muchos antes que merecían este honor pues lo habían conocido por más largo tiempo y quizás más en la diversidad de materias que interesaron a su intelecto; sin embargo, mi gran afecto por él me justifica. Sin duda que la Facultad ha perdido, en primerísimo lugar, a un hombre íntegro y bueno, a un académico superior en el más amplio significado de la palabra y un verdadero universitario, irremplazable en cualquier circunstancia y latitud. Mucho se ha dicho y más se dirá sobre sus relevantes dotes intelectuales y personales y yo no quisiera herir su pudor extendiéndome en ellas; tengo la convicción que no le gustaría y, además, todos los que estamos aquí lo conocimos y admiramos por ellas. Tampoco quisiera extenderme en la gran pérdida que su partida significa para la Facultad y para la Universidad, pues probablemente subestime por mucho su magnitud, la que solo se hará aparente cuando todos los días notemos su ausencia. Si un gran maestro se distingue por su capacidad de hacer brotar en sus alumnos lo mejor de sí mismos, siento profundamente que él lo fue cabalmente, relevantemente, en la multitud de tareas que acometió en su vida universitaria. Su labor más reciente, en el Programa de Estudios Médicos Humanísticos, es la última prueba fehaciente de ello y una tarea que nos deja para seguir cuidando y haciendo crecer. Tampoco quisiera extenderme en el tiempo, sabiendo cuánto apreciaba lo sucinto y la ausencia de adjetivos, metáforas y floridez innecesarios.

Y el secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz de que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso e insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos... es, en una palabra, el apetito de divinidad, el hambre de Dios.

En cambio, lo que quisiera hacer en esta despedida es decirle lo que nunca pude, pues no fue posible dado su carácter y el mío. Siempre era un placer conversar con él quien aportaba su calidez, su profundidad y su polimatía; hace poco me mencionaba que para Unamuno una amistad duradera se cimentaba en compartir gustos por las cosas raras, refiriéndose en nuestro caso, supongo, a las lenguas muertas, sabiendo los dos de su contagiosa vitalidad, y también las vivas, incluyendo la nuestra, y sobre todo, los libros con los que llegamos a compartir tantas tentaciones, a ceder ante ellas encargándolos por Internet y luego a jugar, con gran placer, a que los escamoteáramos bajo la mirada atenta de nuestras esposas. Muchas gracias, Tito, nunca lo llamé así, nunca lo tuteé, gracias por todo lo que me regalaste, un inmenso tesoro de aquellos que no corrompen ni se pudren, de esos que no pueden ser robados. Sé que lo mismo hiciste con muchos en la Facultad y por eso hablo en nombre de todos ellos. Creo que así te gustaría ser recordado, aprendiendo y enseñando, así de simple, así de trascendente, ya que sabemos que un maestro afecta a la eternidad, pues nadie sabe hasta dónde llegará su influencia. Quisiera terminar ofreciendo las más sentidas condolencias, a nombre de la Facultad y el propio, a su familia, Odette, Claudia, Martín, Rodrigo, y sus nietos, pues me consta cuánto lo quieren y cuánto lo que él los sigue queriendo a ustedes. Lo echaremos mucho de menos, aunque sé que seguirá entre nosotros, guiándonos con su recuerdo, apoyándonos con su fortaleza, sabiendo que el consuelo lo encontraremos en nuestro Señor Jesucristo a quien rogamos nos ayude para seguir el ejemplo que nos dejó. Adiós Tito, maestro y amigo; en realidad, hasta pronto."

1 Miguel de Unamuno, El secreto de la vida.

2 Chuaqui B. "La enseñanza del latín en Medicina". Boletín del Humboldt Club de Chile 1991; 4(1): 22-31.

3 *Ibíd.*

4 Chuaqui B., citando a Ortega y Gasset al recibir el premio a la Trayectoria. *Ars Medica* 2000; 2(2): 135-136.

5 Chuaqui B. Inauguración del Programa de Estudios Médicos Humanísticos. *Ars Medica* 2001; 3(4): 177-180.

6 "La vida nada da a los hombres sin gran trabajo."

7 "El trabajo y el placer, dos cosas esencialmente distintas, están íntimamente unidas por un lazo natural".

8 Chuaqui B.: "Discurso con motivo del premio a la Trayectoria". *Ars Medica* 2000; 2(2): 135-